Estabas á punto de cometer una necedad. ¿Y si toda esa matanza se frustrara y algo resultase de ahí?... ¡Diablo!... ¡diablo!... ¡Qué pasada iba á jugarme mi codicia! Veamos. ¿Qué puede salirme peor, engañar á Fiesco ó entregar á la muerte á los Dória? Pues, señor, es difícil resolverlo. Como Fiesco gane, Génova tal vez se levantará de su postracion... ¡Oh!... esto no, esto no me conviene. Si Dória se salva, todo sigue como estaba, y Génova en paz... ¡Oh! esto es peor. Pero... ¿qué es ver la cabeza de los rebeldes cayendo en la canasta del verdugo? (*Paseándose.*) ...¡Y la divertida carnicería de esta noche, cuando los muy serenísimos darán con su cuerpo en el suelo, al silbido del moro! No, salga de este enredo un cristiano como pueda, que para un hereje el problema es harto difícil... Voy á consultar á un sabio. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

Un salon en casa de la condesa Julia.

JULIA de trapillo.— Sale GIANETTINO turbado.

GIANETTINO.—Buenas noches, hermana.

JULIA.—(*Levantándose.*) Algo extraordinario ocurre, cuando viene á ver á su hermana el príncipe heredero de Génova.

GIANETTINO.—Como tú de mariposas, yo vivo rodeado de avispas y no hay medio de dejarlas. Sentémonos.

JULIA.—No tardarás en cansarme.

GIANETTINO.—Oye, hermana. ¿Hace mucho que no has visto á Fiesco?

JULIA.—¡Singular pregunta!... ¡Como si me acordara yo mucho rato de semejantes nonadas!

GIANETTINO.—Me conviene saberlo.

JULIA.—Pues bien... ayer estuvo aquí.

GIANETTINO.—¿Y se ha mostrado franco?

JULIA.—Como de costumbre.

GIANETTINO.—Siempre con el mismo capricho.... ¿verdad?

JULIA.—(*Ofendida.*) ¡Hermano!

GIANETTINO.—(*Alzando la voz.*) Oye... ¿siempre con el mismo capricho?

JULIA.—(*Irritada, se levanta.*) ¿Por quién me tienes, hermano?

GIANETTINO.—(*Sigue sentado, con ironía.*) Por una muchachuela, envuelta en un gran... un gran título de nobleza. Sea dicho acá para inter nós. Ya ves, nadie nos oye.

JULIA.—Pues... acá para inter nós... eres un mono insolente y menguado que explotas el crédito de mi tio... Ya ves, nadie nos oye.

GIANETTINO.—¡Hermana!... ¡hermana!... Vaya, no nos enfademos. Me alegro de saber que Fiesco sigue con el mismo capricho, que es lo que deseaba averiguar. Con Dios. (*Hace que se va.*)

ESCENA IX.

Dichos.—LOMELLINO.

LOMELLINO.—(*Besando la mano á Julia.*) Dispensadme mi osadía, señora. (*A Gianettino.*) Ciertas cosas que no admiten espera...

GIANETTINO.—(*Le lleva aparte. Julia picada se sienta al clavicordio, y toca un allegro.*) ¿Está todo preparado para mañana?

LOMELLINO.—Todo, Príncipe, pero el correo que salió esta mañana para la ribera de Levante, no ha vuelto todavía, ni Spínola tampoco. ¡Si le hubiesen sorprendido!... Estoy en verdad muy ansioso.

GIANETTINO. —No te dé cuidado. ¿ Traes la lista ?

LOMELLINO. — (*Confuso.*) Señor... la lista... no sé... Ayer me la metí en el bolsillo de la ropilla.

GIANETTINO. —Bien. Conque estuviera aquí Spínola... Mañana hallarán á Fiesco muerto en la cama. Ya lo tengo arreglado.

LOMELLINO. —Pero esto parecerá espantoso.

GIANETTINO. — Y de aquí nuestra seguridad, camarada. Un atentado ordinario irrita al ofendido y le vuelve capaz de todo, pero un crímen sorprendente le hiela de espanto y le anonada. ¿ No conoces la historia de la cabeza de Medusa ?... Quien la veia quedaba petrificado, y en cambio una tentativa incompleta subleva las mismas piedras.

LOMELLINO. — ¿ Le habeis dado á comprender algo á la Condesa ?

GIANETTINO. — Claro que no. Conviene tratarla con ciertos miramientos en lo que se refiere á Lavagna; mas cuando haya gustado el fruto de la empresa no echará de menos lo que costó. Vamos. Aún aguardo para esta noche algunas tropas de Milan, debo dar órdenes á los guardias. (*A Julia.*) ¿ Qué tal, hermana ? ¿ Se te pasó el enojo ?

JULIA. —Vé con Dios; eres un mal criado. (*En el punto en que se va, Gianettino se encuentra con Fiesco.*)

ESCENA X.

Dichos. — FIESCO.

GIANETTINO. — (*Retrocediendo.*) ¡ Ah !

FIESCO. — (*Adelantándose con respeto.*) Príncipe, me ahorrais una visita que pensaba haceros desde luego.

GIANETTINO. — Y yo me alegro muchísimo de veros, Conde.

FIESCO. — (*Se acerca á Julia y le besa respetuosamente la mano.*) Es costumbre en vuestra casa, señora, que la realidad exceda siempre á la esperanza.

JULIA. — ¡ Pues !... En boca de otro, esto pareciera un equívoco. Pero dispensadme, Conde, estoy hecha una bruja. (*Se va hácia el cuarto tocador.*)

FIESCO. — ¡ Oh !... Aguardad, linda Condesa. La mujer nunca parece más bella que vestida con cierto desaliño y desdén. Es su tocado propio para seducir... Estas trenzas... con que ornais la cabeza... Permitidme que las desate.

JULIA. — ¡ Y cómo gusta á los hombres introducir el desórden en todo !

FIESCO. — (*Con cierta indiferencia y mirando á Gianettino.*) Así en las trenzas como en las repúblicas ¿ verdad ? Para nosotros, da lo mismo... Y esta cinta mal prendida... Hacedme el favor de sentaros, bella Condesa. Laura entenderá sin duda el modo de engañar los ojos, pero no los corazones. Dejad que haga yo de doncella. (*Julia se sienta y Fiesco arregla su tocado.*)

GIANETTINO. — (*Tirando de la ropa á Lomellino.*) ¡ Qué miserable é indolente bribon !

FIESCO. — (*Inclinándose sobre el seno de Julia.*) Veis, esta parte la velo un poco, porque los sentidos deben ser ciegos mensajeros, é ignorar los artificios del arte y la naturaleza.

JULIA. — Esto es indiferente.

FIESCO. — No por completo, porque la más grave noticia pierde su valor en cuanto es conocida de todos. Nuestros sentidos mantienen la República y sostienen la nobleza, y sin embargo, ésta se eleva por encima de su gusto vulgar. (*Acaba el tocado de la Condesa, y la lleva frente á un espejo.*) Bien; por mi honor que ese tocado estará mañana de moda en Génova. (*Con galantería.*) ¿ Me permitireis, Condesa, que os acompañe así por la ciudad ?

JULIA. — ¡ Habrá tunante !... ¡ Cómo sabe obligarme

á hacer su voluntad!... No, no; me duele la cabeza y pienso quedarme en casa.

FIESCO. — Perdonadme, señora; podeis hacerlo si os place, pero no querreis sin duda. Hoy mismo llegó de Florencia una compañía de comediantes, y se ha ofrecido á representar en mi palacio. No puedo impedir que asista á la funcion la mayor parte de las nobles damas de Génova, y no sé cómo ocupar el palco de honor sin herir la susceptibilidad de mis invitados. Sólo conozco un medio. (*Haciendo una reverencia.*) ¿Tendriais la bondad, señora?...

JULIA. — (*Colorada, yendo á su gabinete.*) ¡Laura!

GIANETTINO. — (*Dirigiéndose á Fiesco.*) ¿Recordais, Conde, cierto lance desagradable y reciente que ocurrió entre nosotros?

FIESCO. — Príncipe, deseo que ambos le echemos en olvido. Los hombres solemos tratarnos segun la opinion que nos merecemos. ¿Quién tiene la culpa de que mi amigo Dória no me conozca bien?

GIANETTINO. — Al menos no he de olvidarlo antes de haberos pedido sinceramente perdon.

FIESCO. — Ni yo sin perdonaros sinceramente. (*Julia vuelve algo compuesta.*)

GIANETTINO. — A propósito, Conde. Recuerdo ahora que deseais emprender una cruzada contra los turcos.

FIESCO. — Esta noche levan anclas. Precisamente abrigo mis temores con respecto á tal empresa, y espero que la deferencia de mi amigo Dória los disipará.

GIANETTINO. — (*Con mucha cortesía.*) ¡Con mucho gusto!... Disponed de todo mi poder.

FIESCO. — La partida producirá al anochecer cierto movimiento en el puerto y junto á mi palacio, que vuestro tio, el Dux, quizá interprete mal.

GIANETTINO. — (*Cordialmente.*) Esto corre de mi cuenta. Seguid adelante con vuestros propósitos; os deseo el mejor éxito.

FIESCO. — Os quedo muy obligado.

ESCENA XI.

Dichos. — Un ALEMAN de la guardia.

GIANETTINO. — ¿Qué hay?

EL ALEMAN. — Al pasar por la puerta de Santo Tomás he visto multitud de soldados armados, y las galeras del conde de Lavagna prontas á darse á la vela.

GIANETTINO. — ¿Y nada más?... Lo dicho no trae consecuencia.

EL ALEMAN. — Bien está. Hay algunos grupos de sospechosos junto al convento de Capuchinos, y á veces se corren hasta la plaza. Por su porte y su andar parecen soldados.

GIANETTINO. — (*Colérico.*) ¡Demonio con el celo de este imbécil! (*A Lomellino en confidencia.*) Son mis milaneses.

EL ALEMAN. — Si su Señoría ordena que sean detenidos...

GIANETTINO. — (*A Lomellino.*) Id á ver qué pasa. (*Con sequedad al soldado.*) Bien está; véte. (*A Lomellino.*) Dad á entender á ese buey, que debe callarse. (*Lomellino se va con el aleman.*)

FIESCO. — (*Que hasta entonces ha seguido bromeando con Julia, y mirando alguna vez que otra á hurtadillas.*) Paréceme que estais de mal humor; ¿podremos saber el motivo?

GIANETTINO. — No tiene nada de particular... Esas eternas cuestiones é informaciones... (*Se va.*)

FIESCO. — El teatro nos espera. ¿Permitireis, señora, que os ofrezca el brazo?

JULIA. — Un momento. Antes debo ir por el velo. Pero que no sea trágica la funcion, Conde, porque sueño despues horrores.

FIESCO.—(*Con intencion.*) ¡Oh, señora!... ¡si será cosa de morirse de risa! (*Le da el brazo; cae el telon.*)

ACTO IV.

Es de noche.—Patio del palacio de Fiesco.—Habrá algunas linternas encendidas.—Sale gente trayendo armas á la escena.—Una de las alas del castillo está alumbrada.

ESCENA PRIMERA.

BORGOGNINO (*al frente de algunos soldados*).

ALTO!... A ver... Cuatro hombres de centinela á la puerta del patio y dos á cada puerta del palacio. (*Los centinelas se colocan en el puesto designado.*) Dejar que entre quien quiera, pero salir... á nadie, y á quien haga uso de la fuerza,... matarle. (*Entra en el castillo con los demas. Los centinelas siguen en sus puestos. Pausa.*)

ESCENA II.

LOS CENTINELAS.—(*De la puerta del patio.*) ¿Quién vive?

ZENTURIONE.—Un amigo de Lavagna. (*Atraviesa el patio y se dirige á la puerta de la derecha.*)

EL CENTINELA.—¡Atrás! (*Zenturione, sorprendido, se dirige hácia la de la izquierda.*)